

*“Hay tantas maneras de leer literaria como personas, probablemente, pero lo importante es encarar la literatura como se puede encarar el arte, la música, el baile, los cuadros, es decir un zambullirse, un “estar en”, dejarse llevar, y en todo caso la reflexión vendrá después o simultáneamente”.*

**Laura Devetach**

Hoy la escuela tiene el desafío de proponer lecturas significativas que impliquen para cada alumno el reconocimiento del texto literario y la construcción de una interpretación personal que le permita incorporar su experiencia, sus saberes, su mundo y su propia voz.

La literatura es un camino venturoso que nos lleva al descubrimiento del mundo y de nosotros mismos. Por ello, los docentes realizamos una selección de textos de diferentes autores, con el fin de ofrecerles a los alumnos una amplia y variada cantidad de obras literarias. Con ellas no solo propiciamos el desarrollo de la imaginación, la lectura por placer, la exploración de sus sensaciones y de sus sentimientos en el marco de la lectura literaria, sino que además los invitamos a lanzarse a la aventura “atrevida” de repensar las ideas de otros, de inventar mundos. Y de este modo también los incentivamos a socializar lo que van leyendo con los compañeros, ya que la riqueza de las interpretaciones se amplía con los intercambios que las lecturas generan.

Esta “Antología literaria” reúne obras literarias de tradición oral (relatos, cuentos, mitos, fábulas, leyendas, parábolas, romances, coplas) y obras literarias de autor (novelas, cuentos, relatos, poesías, canciones, obras de teatros, entre otras) ofreciendo al alumnado la posibilidad de conocer algunas reglas de los géneros seleccionados, identificar estrategias narrativas, definir características de los personajes, entre otras.

*“Leer vale la pena... Convertirse en lector vale la pena... Lectura a lectura, el lector —todo lector, cualquiera sea su edad, su condición, su circunstancia...— se va volviendo más astuto en la búsqueda de indicios, más libre en pensamiento, más ágil en puntos de vista, más ancho en horizontes, dueño de un universo de significaciones más rico, más resistente y de tramas más sutiles. Lectura a lectura, el lector va construyendo su lugar en el mundo”<sup>1</sup>.*

---

<sup>1</sup> Graciela Montes- *“La gran ocasión. La escuela como sociedad de lectura”*- Buenos Aires, Plan Nacional de Lectura, Ministerio de Educación Ciencia y Tecnología, 2007.

## EL BAILE DEL OSO HORMIGUERO

*Liliana Cinetto - Historia inspirada en la tradición de los guaraníes de la Argentina*

Qué calor hacía aquella tarde... El sol parecía puro fuego brillando implacable sobre la selva misionera. Ni un ruido se escuchaba porque todos, bichos grandes y bichos chicos, se acurrucaban a esa hora en un rinconcito fresco a la sombra o dormían la siesta a pata suelta. Bueno, todos todos, no. Aunque no era buena hora para andar caminando, un muchacho guaraní se había alejado de la tribu y buscaba frutos silvestres. Llevaba un bastón de caña con el que apartaba las lianas y las malezas, con el que golpeaba los troncos caídos y las ramas gruesas para espantar a los animales salvajes.

Nunca pensó que al cruzar un claro, al ladito nomás del río, se iba a encontrar frente a frente con un tamandú, el oso comedor de hormigas. Grandote era el tamandú. Venía con la cabeza gacha olisqueando y rascando el suelo con su hocico alargado y sus garras largas y afiladas.

Cuando lo vio aparecer ¡ay, qué susto! el chico gritó. El tamandú también se asustó, claro. Y no gritó, pero se paró sobre sus patas traseras y gruñó un poquito. Más miedo daba así. Por eso el chico levantó su bastón de caña y lo revoleó para acá. Seguramente el tamandú pensó que iba a darle un golpe.

Para esquivarlo, se movió para allá. Enseguidita el chico volvió a revolear su bastón de caña, esta vez para el otro lado hacia la derecha. Y el tamandú ya convencido de que quería golpearlo, lo esquivó moviéndose hacia la izquierda. El muchacho entonces dio un paso al frente. Y el tamandú retrocedió. Pero después avanzó y fue el muchacho el que se fue para atrás. Y para acá, para allá, a un lado y al otro, a la izquierda, a la derecha, adelante y hacia atrás, uno golpeaba con el bastón y el otro esquivaba los golpes. Estuvieron así un rato largo hasta que el tamandú se cansó y después de gruñir dos veces, se perdió en la espesura.

El muchacho tuvo que esperar hasta que el corazón dejara de latirle fuerte en el pecho. Y después corrió



hacia la tribu.

¡Al verlo llegar agitado y tembloroso, los demás quisieron saber qué le había pasado. Y el muchacho les contó:

—Yo daba un golpe hacia acá ¡patapum! y el tamandú saltaba hacia, allá ¡patapam!... —y mientras contaba el muchacho trataba de imitar los movimientos del oso hormiguero y los suyos desplazándose hacia la derecha y hacia la izquierda, adelante y atrás, a un lado y a otro...

Los que escuchaban querían parecer serios. Pero era tan gracioso ver al chico saltar que no podían aguantar la risa.

—¿Cómo hacía el tamandú? —le preguntó uno.

—Así —le explicó el muchacho.

Y el otro trató de repetir los pasos moviéndose ¡patapum! Hacia la derecha y ¡patapam!... hacia la izquierda, ¡patapum! adelante y ¡patapam!... atrás, ¡patapum! A un lado y ¡patapam!... a otro.

Al principio se oyeron carcajadas, sin embargo, al rato, toda

la tribu ensayaba esa loca coreografía al ritmo del ¡patapum! ¡patapam! Tanto se divertieron ese día que volvieron a hacerla al anochecer y en cada fiesta de casamiento y los días que celebraban algo y de a poco le fueron agregando más pasos: un giro, una media vuelta, un balanceo... Y a alguno se le ocurrió acompañar la danza con una calabaza llena de semillas o golpeando un tronco hueco o soplando en una caña...

Así dicen los guaraníes que nació el baile y la música, gracias al tamandú, que quiso esquivar los golpes moviéndose ¡patapum!... para acá y ¡patapam!... para allá.



## PANDORA

*Adaptación de Cristiana Gudiño Kieffer | Ilustraciones de Ajax Barnes*

¡Qué lindo país era Tesalia!

Estaba surcado por ríos plateados y adornado con montañas enormes y majestuosas. En la cumbre de la más alta de las montañas, había una ciudad maravillosa. Sus casas eran de bronce y sus avenidas estaban bordeadas de nubes.



Era el Olimpo, la ciudad siempre acariciada por el Sol y nunca castigada por el viento.

Allí siempre había movimiento y ruido: fiestas, reuniones, discusiones.

Solo de vez en cuando, algunos minutos de reposo y tranquilidad.

¿Por qué? Porque sus habitantes, que se llamaban los Olímpicos, eran todos dioses.

Y no había ninguno de ellos que no fuera a veces divertido y a veces también renegón.

Conversando y tomando un dulce vitito, llamado néctar, pasaban agradablemente los días y las noches.

Como toda ciudad organizada, aquella también tenía un rey: Zeus.

Entre todos los habitantes del Olimpo el rey se distinguía por ser muy curioso. Más curioso que todos los dioses juntos.

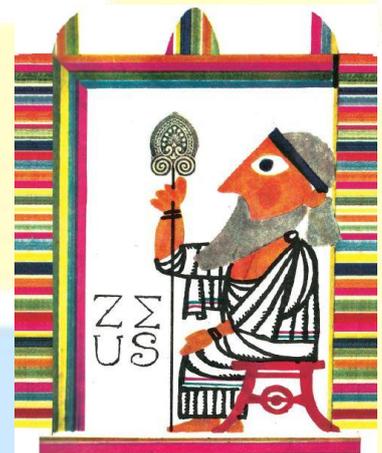
Constantemente estaba tratando de ver lo que pasaba en todas partes: no se le escapaba nada.

Así fue como un día, observando las praderas de Tesalia, donde el Hombre vivía tranquilo, trabajando, pensó Zeus

–¡Qué solo está el Hombre! ¡Qué solo y qué aburrido! ¡Haré algo inmediatamente!

Llamó con voz de trueno a los otros dioses y les dijo:

–¡El Hombre está solo! ¡Yo creo que ha llegado el momento de mandarle a Pandora!



–¿Pandora? –preguntaron todos sorprendidos–. ¡No la conocemos!

–¡Es una sorpresa! –exclamó Zeus–. ¡Miren, les presento a Pandora! Y les mostró una hermosa muchacha, graciosa como un jilguero.

–Además –continuó diciendo Zeus–, ordeno que cada uno de ustedes le haga un regalo, para que lo lleve consigo a su futuro hogar, al lado del Hombre.

Enseguida se dispusieron los dioses para la gran tarea y... Afrodita, que era la diosa del amor y de la belleza, le puso reflejos dorados en los cabellos y le dio suavidad de seda en la piel, dejándola más hermosa que nunca.

Artemisa, la mejor cazadora del Olimpo, le dio juventud eterna y agilidad para saltar y correr. Febo le dio una mirada pura y simpática y el poder de calmar con su canto a los furiosos.

Atenea le dio inteligencia, astucia y capacidad para comprender todas las cosas.

Hera, la esposa de Zeus, le otorgó el don de la fidelidad y le enseñó a cuidar y ordenar el hogar. Las Gracias, que eran tres pequeñas diosas, muy bonitas y muy alegres, le dieron clases de canto y baile durante toda la tarde.

Ceres, la diosa de la agricultura, le dio el amor a los árboles y las plantas.

Momo le dio la risa.

Pluto le dio riquezas prodigiosas.

Pandora se fue convirtiendo poco a poco en un ser resplandeciente de virtudes, en un ser que conocía de todo, en un ser que sabía ser feliz y hacer felices a los demás.

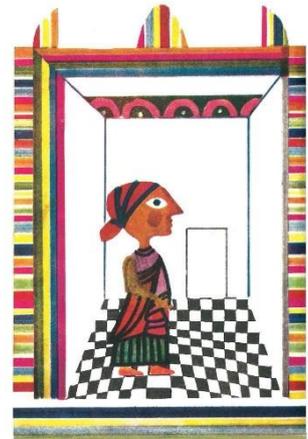
Pero todavía faltaba Hermes, el mensajero de los dioses en el Olimpo.

La gran velocidad que tenía para ir de aquí para allá, lo había convertido en el único dios capaz de hacer los mandados con rapidez.

Y pensó que el mejor regalo que podía hacer a Pandora, era facilitarle un hermoso paseíto por el cielo.

Lustrando las alitas de sus sandalias y poniéndose su casco alado, le dijo a la bella muchacha:

–¡Ven, vamos a volar entre las nubes!



La alzó en sus brazos y volando, volando, fue con ella a las praderas de los ríos de plata Y se la entregó al Hombre.

¡Este jamás había visto una criatura tan maravillosa!

Además de ser linda y simpática, sabía jugar y estaba siempre dispuesta a trabajar.

Enseguida se hicieron amigos.

Estaban juntos durante el día y durante la noche, y cuando se separaban, se extrañaban mucho.

Tan grande fue la influencia de Pandora, no solo en el Hombre, sino en la región entera de Tesalia, que todo cambió.

La sonrisa del Hombre se hizo más feliz.

El agua corría más contenta y más saltarina y juguetona por el cauce del río.

Los pájaros tenían los colores del arco iris y las mariposas cantaban mientras trabajaban de flor en flor.

Las ardillas zapateaban al mismo tiempo que recogían sus nueces.

Y los lagartos le sonreían al Sol entre las piedras. En cambio, en el Olimpo, todo seguía igual. Zeus, como siempre, mandaba, ordenaba y... curioseaba.

Y como era él tan curioso, se le ocurrió:

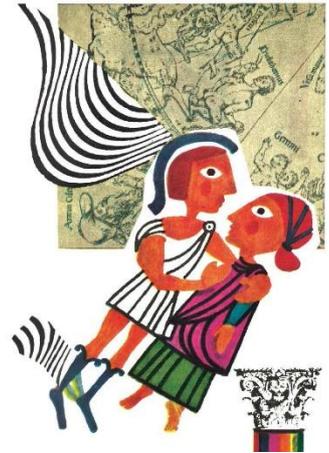
–Todas las mujeres son curiosas. Me gustaría ver si Pandora no lo es también.

Llamó a Hermes y le ordenó:

–Toma este cofre, llévaselo a Pandora y déjaselo en su casa. Pero, eso sí, ¡prohíbele terminantemente de mi parte que lo abra! Hermes lustró nuevamente las alitas de sus sandalias y voló hacia la Tierra, cumpliendo con lo que le había encargado Zeus: le entregó al Hombre el cofre, porque Pandora no estaba en aquel momento en casa.

Antes de partir le encomendó

–¡Prométeme que no lo vais a abrir por nada del mundo!



El Hombre, que sabía que los dioses eran exigentes y vengativos, le prometió firmemente que ni siquiera lo iba a mirar!

Así, pues, Hermes se volvió satisfecho al Olimpo. Pero al poco tiempo llegó Pandora al hogar y vio inmediatamente el obsequio. Cuando vio el cofre por primera vez, gritó fuera de sí de contenta:

–¡Deben ser regalos para mí!

–¡La trajo un dios que tenía alas hasta en los pies! –le explicó el Hombre.

–¿Alas hasta en los pies? ¡Debe haber sido Hermes!

¡Vamos a abrirlo, a ver qué contiene!

–¡No! ¡Los dioses nos han prohibido abrirlo! ¡Olvidate de ese cofre y vamos a pasear!

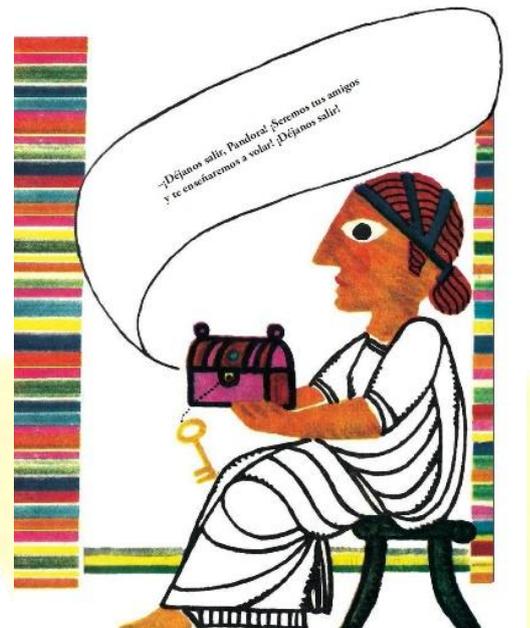
–¿Entonces no podemos saber lo que contiene? –sollozó Pandora desilusionada.

–¡Claro que no! ¡Tenemos que olvidarnos de que existe!

Pasaron los días y Pandora no podía dormir de curiosidad y de intriga. Pero disimulaba y solo se acercaba al cofre cuando estaba sola. ¡Qué hermoso era! Tenía una cerradura chiquitita y una llave de oro que parecía de juguete. Y sobre la tapa había dibujos de todos los colores imaginables... ¡Además, el cofre... hablaba!... Sí, hablaba con mil vocecitas distintas. Cuando Pandora acercaba su orejita a la tapa, se oía un rumor que se iba aclarando poco a poco y que parecía decir:

–¡Déjanos salir, Pandora! ¡Seremos tus amigos y te enseñaremos a volar! ¡Déjanos salir!

Después de oír aquello, Pandora soñaba. Soñaba que al levantar la tapa del cofre saldrían de su interior una multitud de hadas de alas transparentes que la llevarían volando hasta las nubes. ¡Que le enseñarían a hablar con las flores y a caminar por un rayo de Sol! ¡Que le mostrarían cómo cae la lluvia, y que le contarían miles, millones, de otros secretos! Pandora no podía ya recuperar la tranquilidad. La curiosidad había entrado en ella y no la dejaría en paz ni un solo momento.



Una mañana, estando Pandora sola, se puso a jugar con la llavecita. Tanto jugó y dio vueltas con ella en la cerradura... ¡que de repente la tapa se levantó un poquito...! Asustada y ansiosa, Pandora se dijo a sí misma, muy bajito:

–¡Espiaré lo que tiene, y luego cerraré enseguida! ¡Total, nadie se dará cuenta!

En el mismo instante en que iba a levantar la tapa, el Hombre, que acababa de entrar, le advirtió asustado:

–¡No abras, Pandora!

Pero era ya demasiado tarde.

¡La tapa se había levantado completamente y una nube negra, acompañada de un gran clamor, se elevaba del cofre y se extendía, cubriéndolo todo!



La luz del Sol desapareció. Una enormidad de bichos minúsculos y repulsivos llenó la habitación. Uno de ellos le clavó un aguijón en la frente al Hombre, y este supo por primera vez lo que era el dolor.

Se oyeron nuevamente las voces que antes oía como lejanos y tentadores susurros, pero que ahora decían con voz de trueno terribles verdades:

–Yo soy el sarampión.

–Y yo soy los zapatos que aprietan.

–Yo me llamo dolor de muelas.

–Y yo me llamo tristeza.

Así se fueron presentando todos los males.



¡Estaban los celos, negros y despeinados; la ingratitud, con un gesto amargo en el rostro; la apatía, toda vestida de gris; la incertidumbre, con los ojos vendados...! ¡Y la envidia, y el dolor de cabeza, y el hambre, y el aburrimiento, y el resfrío, y la alergia, y miles y miles de enfermedades y desgracias más, que habían invadido la hermosa Tesalia para siempre...!

Pandora sentía que su corazoncito se ahogaba de pesar y de arrepentimiento. ¡Por su curiosidad y su imprudencia, la Tierra, que antes no tenía problemas, estaba ahora plagada de los mayores males y las mayores desdichas! ¡Y para colmo alguien hablaba todavía dentro del cofre! Alguien, que decía:

–¡Abre, Pandora, y esta vez no te arrepentirás de lo que haces!

Pandora ya no se animaba. Miró al Hombre, como pidiéndole consejo. Pero el Hombre estaba muy preocupado con su dolor de cabeza, y no le hizo caso. Así que Pandora se decidió sola y levantó, temblando, la tapa del cofre. ¡Y menos mal! Porque del fondo del cofre salió una figurita radiante, que se presentó diciendo:

–¡Soy enemiga de los males!



Tocó la frente al Hombre y le sacó el dolor de cabeza. Y también le quitó un buen peso del corazón a Pandora. Hizo entrar de nuevo al Sol y sopló por todos los rincones para hacer que desapareciera todo resto de la nube negra de males. Y, en efecto, todas las preocupaciones, todos los dolores, achaques y molestias, corrieron a esconderse cuando vieron que volvía la luz.

–¡Quién eres? –preguntaron Pandora y el Hombre, encantados, a la alegre figurita radiante.

–Soy la Esperanza –contestó ella, con una sonrisa–. Y me voy a quedar para siempre con ustedes, para que no estén solos frente a los males.

Y la Esperanza se convirtió en la compañera ideal de Pandora y el Hombre; nunca más abandonó la Tierra. Hasta hoy, la Esperanza sigue aquí, en la Tierra, muy cerquita de todos nosotros.



## POR UNA ROSA

Ángeles Durini – Versión del cuento maravilloso compilado por los hermanos Grimm



Preciosa era la hija menor de un comerciante y también, su preferida. Las hermanas sufrían de celos y no perdían ocasión de tratarla con desprecio. Cierta día, el comerciante debió partir por negocios. Antes de irse, las dos hijas mayores le exigieron que les trajera regalos.

-Quiero un bonito vestido.

-Y yo, un par de zapatos.

-Y tú, ¿qué quieres? -preguntó el padre a Preciosa. Y ella, solo porque su padre se lo había preguntado, contestó:

-Tráeme una rosa.

Conseguir una rosa en pleno invierno no le sería fácil, pero el padre se marchó con la promesa de que volvería con una.

Habiendo realizado su trabajo, el comerciante volvía a casa con un magnifico vestido y un hermoso par de zapatos. La rosa, en cambio, era un problema. En todos los lugares donde había preguntado, le contestaban con una carcajada:

-¿Rosas en invierno? ¿Acaso cree que las rosas crecen la nieve?

Cabalgaba triste por el camino cuando descubrió un hermoso jardín. Echó a andar en aquella dirección y se vio en un prado lleno de flores. Mas allá había un palacio, y del otro lado, el terreno estaba pelado y había nieve. Se maravilló de lo que veía, un jardín de verano y un jardín de invierno, uno al lado del otro. En eso se tropezó con un cantero de rosas e inmediatamente se apeó y cortó una. Luego de guardarla salió de allí, ya era de noche.

Mientras galopaba, sintió que algo jadeaba a sus espaldas. Se dio vuelta y pudo distinguir un animal oscuro que corría detrás de él rozándole los talones.

-¡Devuélveme la rosa o te las verás conmigo! -le gritó aquella bestia, y con su brazo peludo logró agarrar al comerciante por el cuello.

-Por favor, déjame la rosa. Es para la más bella y bondadosa de mis hijas- dijo el hombre, sin saber qué hacer.

-Estoy de acuerdo, siempre que me pueda casar con ella.

Para que lo dejara libre, el comerciante le contestó que sí. El animal lo soltó y caballo y jinete se apuraron por salir corriendo, mientras la bestia gritaba:

-¡Dentro de ocho días iré a buscarla!

Cuando el comerciante llegó a casa no contó el percance y a cada hija le entregó su regalo. Preciosa agradeció más que ninguna.

Ocho días después, mientras las hijas estaban solas en la casa se escucharon unos pasos pesados que subían la escalera. Una voz de vendaval gritó:

-¡Abran!

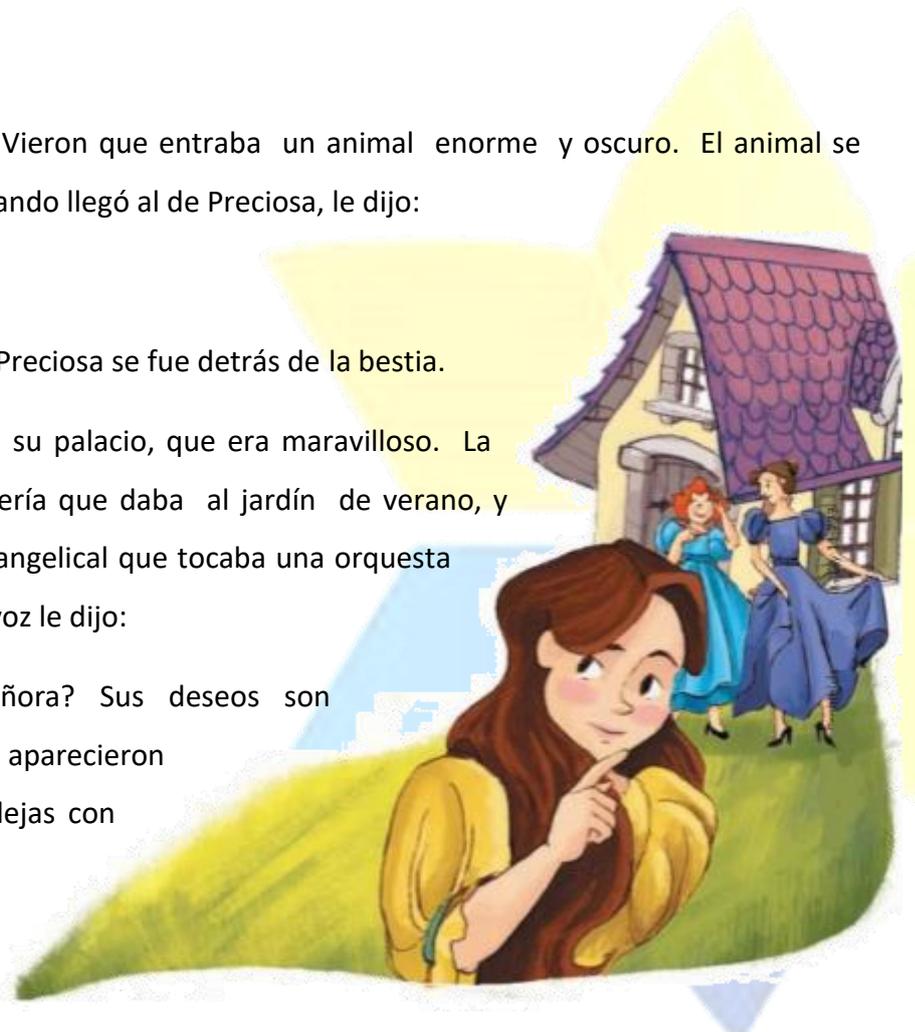
Preciosa fue a abrir. Vieron que entraba un animal enorme y oscuro. El animal se detuvo en cada rostro y cuando llegó al de Preciosa, le dijo:

-Vengo a buscarte.

Y así, con lo puesto, Preciosa se fue detrás de la bestia.

El animal la llevó a su palacio, que era maravilloso. La invitó a sentarse en la galería que daba al jardín de verano, y escucharon una música angelical que tocaba una orquesta invisible. Al terminar, una voz le dijo:

-¿Necesita algo, señora? Sus deseos son órdenes- y al segundo, aparecieron sobre la mesa unas bandejas con manjares.



Con el correr de los días, estar en el palacio y en compañía del animal oscuro le comenzó a resultar muy agradable. Preciosa se entretenía paseando por los jardines y lo que más le gustaba era cuidar las flores y conversar con las voces.

El animal la trataba con dulzura

Pasado un tiempo comenzó a preocuparse, hacía rato que no sabía nada de su padre. Cuando se lo dijo a la criatura, él la llevó a la sala y le mostró un espejo. En su luna se reflejó la habitación de su padre.

Estaban sus hermanas y el mismo padre, muy enfermo. Preciosa contuvo la respiración para escuchar lo que conversaban. Con la voz en un hilo, su afligido padre decía:

-Cómo lamento que se la haya llevado ese animal. Todo fue por mi culpa.

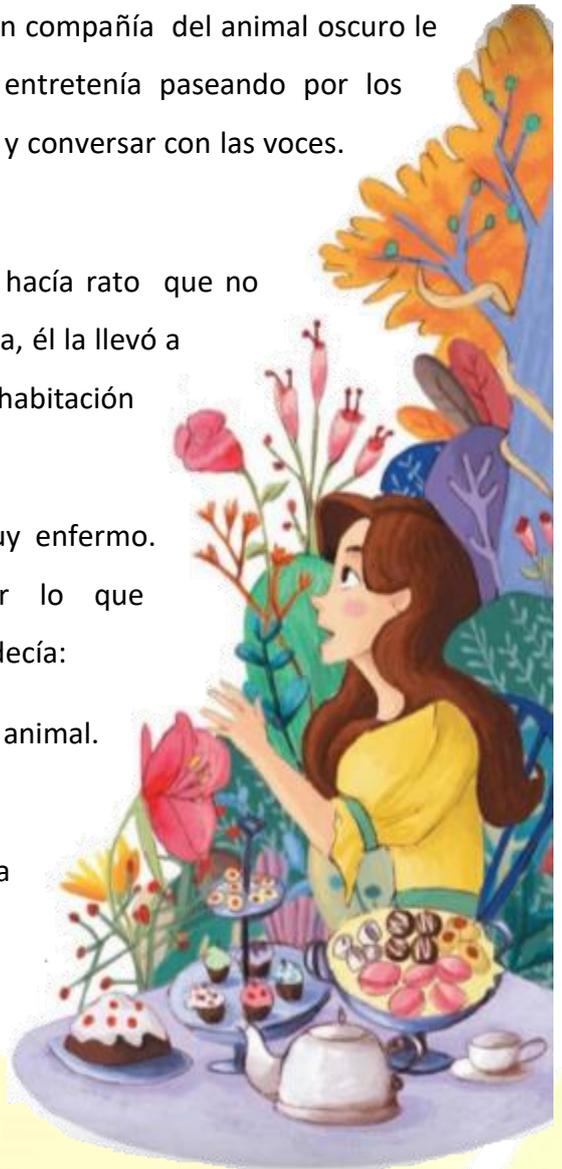
Sus hermanas trababan de consolarlo, pero era en vano.

A Preciosa se le rompió el corazón y rogó a la bestia que por favor la dejara ir. Insistió tanto que el animal no tuvo más remedio que aceptar. Debía cumplir una sola condición: no ausentarse más de ocho días.

Un viento la llevó volando y la depositó en la puerta de su casa. Que alegría sintió aquel hombre cuando la vio. Al abrazarla ya se sentía mejor. Las hermanas notaron que la hermana menor estaba aun más bella y su sonrisa era todavía más grande.

-Todo por tu culpa- se apresuraron a decir-. ¿A quién se le ocurre pedir una rosa en invierno?

Preciosa se disculpó, aunque no pudo disimular su contento. Reconoció en su interior que era feliz al lado del animal oscuro y viviendo en palacio.





Se dedicó a cuidar a su padre, que de a poco fue recuperándose. Cuando se quiso acordar, habían transcurrido más de ocho días. ¿Diez? ¿Doce? Todavía más. Tuvo un mal presentimiento y quiso volver al palacio. Apenas lo deseó, el viento vino a buscarla.

Al llegar, vio que todo el jardín era de invierno, no había más flores. Llamó a su querida criatura y nadie acudió. Entró al palacio y ninguna voz fue a recibirla ni sonaba la música.

Por la mañana salió a recorrer el jardín, estaba desolado.

Se acercó al cantero de rosas, ahora cubierto de nieve. Allí detrás yacía desmayado su querido animal. Preciosa se arrodilló y puso el oído sobre su corazón.

-Cásate conmigo -le dijo entre lagrimas.

El animal abrió los ojos y se incorporó, al mismo tiempo que se transformaba en un bello príncipe gracias al amor de Preciosa. Los dos se sintieron felices de volverse a encontrar.

Para celebrar la boda, los músicos invisibles tocaron la más bella de todas las melodías y en el jardín de verano brotaron las rosas más lindas que jamás se hubieran visto.

## MAMARRACHOS POR CARTA

*Ricardo Mariño*

Durante años nadie había tenido problemas con las cartas que traía el viejo cartero, don Franqueo Hapagar. "¡Postal de su prima, doña Cota!"; "¡ Carta de la señorita de París, don Julio!" -gritaba don Franqueo desde la puerta, desgañitándose. Los vecinos tomaban la correspondencia, agradecían, y eran felices.

Por eso resultaba tan extraño lo que estaba ocurriendo ahora. La gente enviaba cartas bien escritas pero el destinatario recibía mamarrachos. Por ejemplo, ésta que recibió doña Paloma, la gallega:

*Querida Paloma:*

*Escribo estas líneas para hacerte saber que me siento muy pero muy bien. En sillas, sillones y hasta en el piso. La que está más rezongona que nunca es nuestra perrita Evelia: protesta cada vez que la mandamos a Júpiter a comprar las papas. En cambio estamos muy contentos con la heladera: el vestido que le mandaste le queda una pinturita.*

*Un queso,*

*La prima Vera.*

O esta otra que recibió Erasmo Balanza, el de la despensa:

*MI ESTIMADO SEÑOR:*

*RUÉGOLE TENGA A BIEN ENVIARME 17 LITROS DE LECHE FRESQUITA Y 50 DOCENAS DE RATONES GORDOS. SIN MÁS, SALUDA A UD. MUY ATTE.,*

*LA GATA DE DON JULIO*

Y el colmo fue el poema que recibió doña Rosita, la soltera:

*Cada tardecita*

*miro tan pancho*

*Tu rostro, bella Rosita,*

*de chanchito.*

-¡Zapallos y lentejas! Esto no puede seguir así-  
bramaba el verdulero.

-¡Haga algo, don Franqueo! Estas cartas son una  
herida absurda- se quejaba Rosita.

Don Franqueo no sabía qué hacer. ¿Hasta cuándo  
sucederían estas cosas? ¿Lo expulsarían del correo por  
entregar cartas mamarrachos? Muy preocupado pensó y  
pensó. Hasta que decidió consultar a un detective

Don Franqueo golpeó dos veces la puerta. Desde  
adentro una voz inconfundible de detective dijo "pase".  
Don Franqueo meditó y resolvió que en este caso lo más  
inteligente era pasar.

-Yo vengo ... - trató de decir, nervioso.

-Usted viene por el problema de las cartas. Se llama  
Hapagar, Franqueo, tiene 61 años y dos meses y es el  
cartero del barrio. Pero usted es inocente- dijo  
astutamente Frass Kito.

Don Franqueo lo miró maravillado. El detective siguió hablando:

- El pillo está oculto en el lugar más insospechado- y señalando a don Franqueo con el  
dedo, le ordenó:

- VAYA A COMPRAR CUATRO SOBRES DE CARTA Y TRES BANANAS Y ESPEREME JUNTO  
AL BUZON DE LA ESQUINA ...

- Sí, si.

-No atienda el teléfono, no hable con desconocidos, no levante caramelos de la  
vereda. Ahora, vaya.

El plan del detective no estaba lo que se dice muy claro pero igual don Franqueo  
obedeció. A los diez minutos estaba junto al buzón sospechoso con las tres bananas y los  
cuatro sobres.

Al ratito llegó Frass Kito. Tenía las manos en los bolsillos de su impermeable blanco, las  
llaves maestras colgando del cinturón, la pipa humeante.



En fin, todo lo que mandan por correo en el curso de detective.

-¿Trajo lo que le pedí, no? -preguntó-. Ahora, con cuidado, introduzca en el buzón una carta y una banana ... -¡Vamos hombre! No sea miedoso.

Don Franqueo obedeció, temblando. Tiró suavemente la carta y a continuación, la banana. El barrio, de todas maneras, mantenía su aspecto habitual: doña Paloma barría y el verdulero acomodaba las manzanas feas debajo de las lindas. A los cinco minutos Frass le dijo a don Franqueo que metiera en el buzón la segunda carta y la segunda banana. Todo seguía normal. -Ahora la tercera banana y el tercer sobre. Cinco minutos más tarde Frass Kito dijo:

-Y ahora viene lo difícil. Introduzca el último sobre- lo miró a los ojos y agregó: -Sin banana.

Transcurrieron unos segundos. Después hubo un ruido en el buzón y se escuchó una voz gangosa:

"¿Y la banana? Falta la banana".

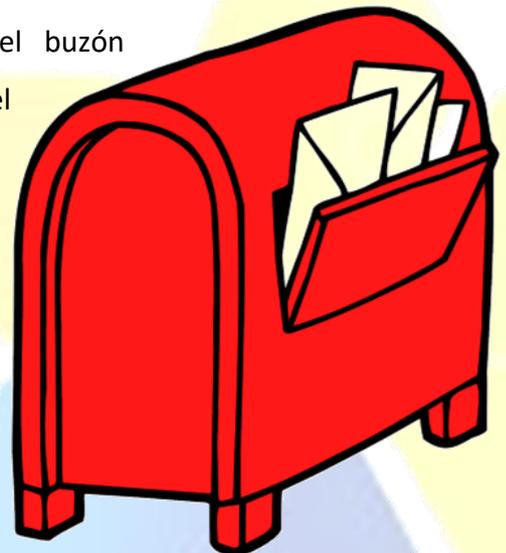
Con presteza Frass Kito abrió las puertas del buzón con sus llaves maestras, al tiempo que repetía:

-¡Ya te tengo, ya te tengo!

Rato después, con todo el barrio alrededor del buzón sospechoso (ese nombre le iba a quedar para siempre), el detective aclaró todo, como en las películas.

-Se trata de Kiko, el mono que escribe. Hace un año se escapó del Circo Fantástico de Minnessota. Desde entonces se lo anda buscando. Después agarró al mono de la mano y le dijo:

-Vamos Kiko, la función debe continuar.



## UN ELEFANTE OCUPA MUCHO ESPACIO

*Elsa Bornemann*

Que un elefante ocupa mucho espacio lo sabemos todos. Pero que Víctor, un elefante de circo, se decidió una vez a pensar "en elefante", esto es, a tener una idea tan enorme como su cuerpo... ah... eso algunos no lo saben, y por eso se los cuento:

Verano. Los domadores dormían en sus carromatos, alineados a un costado de la gran carpa. Los animales velaban desconcertados. No era para menos: cinco minutos antes el loro había volado de jaula en jaula comunicándoles la inquietante noticia. El elefante había declarado huelga general y proponía que ninguno actuara en la función del día siguiente.

- ¿Te has vuelto loco, Víctor? - le preguntó el león, asomando el hocico por entre los barrotes de su jaula - ¿Cómo te atreves a ordenar algo semejante sin haberme consultado? ¡El rey de los animales soy yo!

La risita del elefante se desparramó como papel picado en la oscuridad de la noche:

- Ja. El rey de los animales es el hombre, compañero. Y sobre todo aquí, tan lejos de nuestras selvas...

- ¿De qué te quejas, Víctor? - interrumpió un osito, gritando desde su encierro - ¿No son acaso los hombres los que nos dan techo y comida?

- Tú has nacido bajo la lona del circo... - le contestó Víctor dulcemente - La esposa del criador te crió con mamadera... Solamente conoces el país de los hombres y no puedes entender, aún, la alegría de la libertad...

- ¿Se puede saber para qué hacemos huelga? - gruñó la foca, coleteando nerviosa de aquí para allá.

- ¡Al fin una buena pregunta! - exclamó Víctor, entusiasmado, y ahí nomás les explicó a sus compañeros que ellos eran presos... que trabajaban para que el dueño del circo se llenara los bolsillos de dinero... que eran obligados a ejecutar ridículas pruebas para divertir a la gente... que se los forzaba a imitar a los hombres... que no debían soportar más humillaciones y que patatín y que patatán. (Y que patatín fue el consejo de hacer entender a los hombres que los animales querían volver a ser libres... Y que patatán fue la orden de huelga general...)

- Bah... Pamplinas... - se burló el león - ¿Cómo piensas comunicarte con los hombres?  
¿Acaso alguno de nosotros habla su idioma?

Sí - aseguró Víctor - El loro será nuestro intérprete - y enroscando la trompa en los barrotes de su jaula, los dobló sin dificultad y salió afuera.

Enseguida, abrió una tras otra las jaulas de sus compañeros. Al rato, todos retozaban en los carromatos. ¡Hasta el león!

Los primeros rayos de sol picaban como abejas zumbadoras sobre las pieles de los animales cuando el dueño del circo se desperezó ante la ventana de su casa rodante. El calor parecía cortar el aire en infinidad de líneas anaranjadas... (los animales nunca supieron si fue por eso que el dueño del circo pidió socorro y después se desmayó, apenas pisó el césped...)

De inmediato, los domadores aparecieron en su auxilio:

¡Los animales están sueltos! - gritaron a coro, antes de correr en busca de sus látigos.

¡Pues ahora los usarán para espantarnos las moscas! - les comunicó el loro no bien los domadores los rodearon, dispuestos a encerrarlos nuevamente.

¡Ya no vamos a trabajar en el circo! ¡Huelga general, decretada por nuestro delegado, el elefante!

¿Qué disparate es este? ¡A las jaulas!

Y los látigos silbadores ondularon amenazadoramente.

- ¡Ustedes a las jaulas! - gruñeron los orangutanes. Y allí mismo se lanzaron sobre ellos y los encerraron. Pataleando furioso, el dueño del circo fue el que más resistencia opuso. Por fin, también él miraba correr el tiempo detrás de los barrotes.

La gente que esa tarde se aglomeró delante de las boleterías, las encontró cerradas por grandes carteles que anunciaban:

## **CIRCO TOMADO POR LOS TRABAJADORES HUELGA GENERAL DE ANIMALES**

Entretanto, Víctor y sus compañeros trataban de adiestrar a los hombres:  
- ¡Caminen en cuatro patas y luego salten a través de estos aros de fuego! ¡Mantengan el equilibrio apoyados sobre sus cabezas!

¡No usen las manos para comer! ¡Rebuznen! ¡Maúllen! ¡Ladren! ¡Rujan!

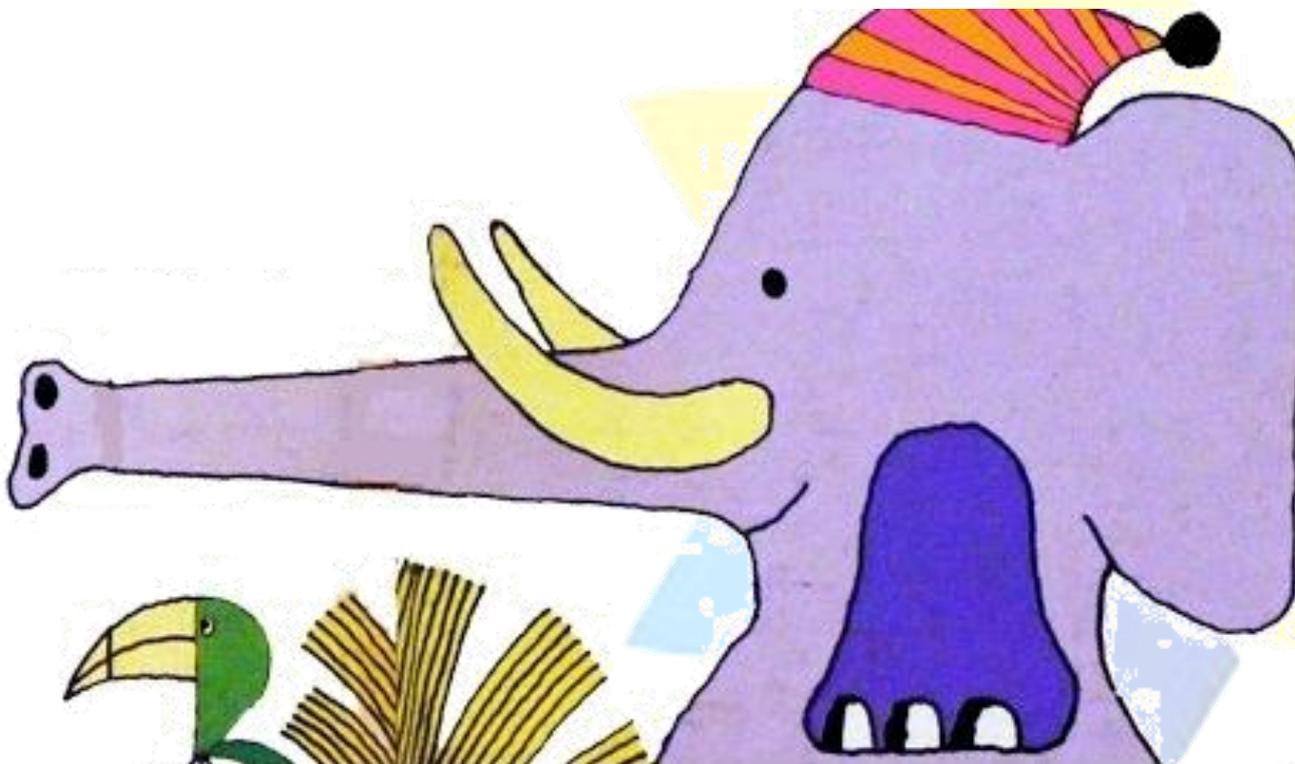
¡BASTA, POR FAVOR, BASTA! - gimió el dueño del circo al concluir su vuelta número doscientos alrededor de la carpa, caminando sobre las manos - ¡Nos damos por vencidos! ¿Qué quieren?

El loro carraspeó, tosió, tomó unos sorbitos de agua y pronunció entonces el discurso que le había enseñado el elefante:

..Con que esto no, y eso tampoco, y aquello nunca más, y no es justo, y que patatín y que patatán... porque... o nos envían de regreso a nuestras selvas... o inauguramos el primer circo de hombres animalizados, para diversión de todos los gatos y perros del vecindario. He dicho.

Las cámaras de televisión transmitieron un espectáculo insólito aquel fin de semana: en el aeropuerto, cada uno portando su correspondiente pasaje en los dientes (o sujeto en el pico en el caso del loro), todos los animales se ubicaron en orden frente a la puerta de embarque con destino al África.

Claro que el dueño del circo tuvo que contratar dos aviones: en uno viajaron los tigres, el león, los orangutanes, la foca, el osito y el loro. El otro fue totalmente utilizado por Víctor... porque todos sabemos que un elefante ocupa mucho, mucho espacio...



## CASO GASPAR

*Elsa Bornemann*

Aburrido de recorrer la ciudad con su valija a cuestas para vender -por lo menos— doce manteles diarios, hartado de gastar suelas, cansado de usar los pies, Gaspar decidió caminar sobre las manos. Desde ese momento, todos los feriados del mes se los pasó encerrado en el altillo de su casa, practicando posturas frente al espejo. Al principio, le costó bastante esfuerzo mantenerse en equilibrio con las piernas para arriba, pero al cabo de reiteradas pruebas el buen muchacho logró marchar del revés con asombrosa habilidad. Una vez conseguido esto, dedicó todo su empeño para desplazarse sosteniendo la valija con cualquiera de sus pies descalzos. Pronto pudo hacerlo y su destreza lo alentó.



—¡Desde hoy, basta de zapatos! ¡Saldré a vender mis manteles caminando sobre las manos! —exclamó Gaspar una mañana, mientras desayunaba. Y — dicho y hecho— se dispuso a iniciar esa jornada de trabajo andando sobre las manos.

Su vecina barría la vereda cuando lo vio salir. Gaspar la saludó al pasar, quitándose caballerosamente la galera: —Buenos días, doña Ramona. ¿Qué tal los canarios?

Pero como la señora permaneció boquiabierta, el muchacho volvió a colocarse la galera y dobló la esquina. Para no fatigarse, colgaba un rato de su pie izquierdo y otro del derecho la valija con los manteles, mientras hacía complicadas contorsiones a fin de alcanzar los timbres de las casas sin ponerse de pie.

Lamentablemente, a pesar de su entusiasmo, esa mañana no vendió ni siquiera un mantel. ¡Ninguna persona confiaba en ese vendedor domiciliario que se presentaba caminando sobre las manos!

—Me rechazan porque soy el primero que se atreve a cambiar la costumbre de marchar sobre las piernas... Si supieran qué distinto se ve el mundo de esta manera, me imitarían...Paciencia... Ya impondré la moda de caminar sobre las manos... —pensó Gaspar, y se aprestó a cruzar una amplia avenida.

Nunca lo hubiera hecho: ya era el mediodía... los autos circulaban casi pegados unos contra otros. Cientos de personas transitaban apuradas de aquí para allá.

—¡Cuidado! ¡Un loco suelto! —gritaron a coro al ver a Gaspar. El muchacho las escuchó divertido y siguió atravesando la avenida sobre sus manos, lo más campante.

—¿Loco yo? Bah, opiniones...

Pero la gente se aglomeró de inmediato a su alrededor y los vehículos lo aturdieron con sus bocinazos, tratando de deshacer el atascamiento que provocado con su singular manera de caminar. En un instante, tres vigilantes lo rodearon.

—Está detenido —aseguró uno de ellos, tomándolo de las rodillas, mientras los otros dos se comunicaban por radioteléfono con el Departamento Central de Policía. ¡Pobre Gaspar! Un camión celular lo condujo a la comisaría más próxima, y allí fue interrogado por innumerables policías:

—¿Por qué camina con las manos? ¡Es muy sospechoso! ¿Qué oculta en esos guantes? ¡Confiese! ¡Hable!

Ese día, los ladrones de la ciudad asaltaron los bancos con absoluta tranquilidad: toda la policía estaba ocupadísima con el "Caso Gaspar—sujeto sospechoso que marcha sobre las manos".

A pesar de que no sabía qué hacer para salir de esa difícil situación, el muchacho mantenía la calma y —¡sorprendente!— continuaba haciendo equilibrio sobre sus manos ante la furiosa mirada de tantos vigilantes. Finalmente se le ocurrió preguntar:

—¿Está prohibido caminar sobre las manos?

El jefe de policía tragó saliva y le repitió la pregunta al comisario número 1, el comisario número 1 se la transmitió al número 2, el número 2 al número 3, el número 3 al número 4... En un momento, todo el Departamento Central de Policía se preguntaba: ¿ESTÁ PROHIBIDO CAMINAR SOBRE LAS MANOS? Y por más que buscaron en pilas de libros durante varias horas, esa prohibición no apareció. No, señor. ¡No existía ninguna ley que prohibiera marchar sobre las manos ni tampoco otra que obligara a usar exclusivamente los pies!



Así fue como Gaspar recobró la libertad de hacer lo que se le antojara, siempre que no molestara a los demás con su conducta. Radiante, volvió a salir a la calle andando sobre las manos. Y por la calle debe encontrarse en este momento, con sus guantes, su galera y su valija, ofreciendo manteles a domicilio... ¡Y caminando sobre las manos!

## LOS SUEÑOS DEL SAPO

*Javier Villafañe*

Una tarde, un sapo dijo:

-Esta noche voy a soñar que soy árbol-. Y dando saltos, llegó a la puerta de su cueva. Era feliz; iba a ser árbol esa noche.

Todavía andaba el sol girando en la rueda del molino. Estuvo un largo rato mirando al cielo. Después bajó a la cueva; cerró los ojos y se quedó dormido. Esa noche el sapo soñó que era árbol.

A la mañana siguiente contó su sueño. Más de cien sapos lo escuchaban.

-Anoche fui árbol –dijo-; un álamo. Tenía nidos. Tenía raíces hondas y muchos brazos como alas; pero no podía volar. Era un tronco delgado y alto que subía. Creí que caminaba, pero era el otoño llevándome las hojas. Creí que lloraba, pero era la lluvia. Siempre estaba en el mismo sitio, subiendo, con las raíces sedientas y profundas. No me gustó ser árbol. El sapo se fue; llegó a la puerta y se quedó descansando debajo de una hoja de acelga. Esa tarde el sapo dijo:

-Esta noche voy a soñar que soy río.

Al día siguiente contó su sueño. Más de doscientos sapos formaron rueda para oírlo.

-Fui río anoche –dijo-. A ambos lados, lejos, tenía las riberas. No podía escucharme. Iba llevando barcos. Los llevaba y los traía. Eran siempre los mismos pañuelos en el puerto. La misma prisa por partir, la misma prisa por llegar. Fue una lástima. No vi una sola sirena; siempre vi peces; nada más que peces. No me gustó ser río.

Y el sapo se fue. Volvió a la huerta y descansó entre cuatro palitos que señalaban los límites del perejil.

Esa tarde el sapo dijo:

-Esta noche voy a soñar que soy caballo.

Y al día siguiente contó su sueño. Más de trescientos sapos lo escucharon. Algunos vinieron desde muy lejos para oírlo.

-Fui caballo anoche –dijo-. Un hermoso caballo. Tenía riendas. Iba llevando un hombre que huía. Iba por un camino largo. Crucé un puente, un pantano; toda la pampa bajo el látigo. Oía latir el corazón del hombre que me castigaba. Bebí en un arroyo. Vi mis ojos de caballo en el agua. Me ataron a un poste. Después vi una estrella grande en el cielo; después

el sol; después un pájaro que se posó sobre mi lomo. No me gustó ser caballo.

Otra noche soñó que era viento. Y al día siguiente, dijo:

-No me gustó ser viento.

Soñó que era luciérnaga, y dijo al día siguiente:

-No me gustó ser luciérnaga.

Después soñó que era nube y dijo:

-No me gustó ser nube.

Una mañana los sapos lo vieron muy feliz a la orilla del agua.

-¿Por qué estás tan contento? –le preguntaron.

Y el sapo respondió:

-Anoche tuve un sueño maravilloso. Soñé que era sapo.



## VAMOS A INVENTAR LOS NÚMEROS

*Gianni Rodari*

-¿Por qué no inventamos los números?

-Bueno, empiezo yo. Casi uno, casi dos, casi tres, casi cuatro, casi cinco, casi seis.

-Es demasiado poco. Escucha estos: un remillón de billonazos, un ochete de milenios, un maravillar y un maramillón.

-Yo entonces me inventaré una tabla:

tres por uno, concierto gatuno

tres por dos, peras con arroz

tres por tres, salta al revés

tres por cuatro, vamos al teatro

tres por cinco, pega un brinco

tres por seis, no me toquen

tres por siete, quiero un juguete

tres por ocho, crema con bizcocho

tres por nueve, hoy no llueve

tres por diez, lávate los pies



-¿Cuánto vale este pastel?

-Dos tirones de orejas.

-¿Cuánto hay de aquí a Milán?

-Mil kilómetros nuevos, un kilómetro usado y siete bombones.

-¿Cuánto pesa una lágrima?

-Depende: la lágrima de un niño caprichoso pesa menos que el viento, y la de un niño hambriento pesa más que toda la tierra.

-¿Cuánto mide este cuento?

-Demasiado.

-Entonces inventémonos rápidamente otros números para terminar. Los digo yo, a la manera de Modena: unchi, doschi, treschi, cuara cuatrischi, mi mirinchi, uno son dos.

-Yo entonces voy a decirlos a la manera de Roma: unci, dusci, trisci, cuale cualinci, mele melinci, rife rafe y diez.

## A ENREDAR LOS CUENTOS

*Gianni Rodari*

-Érase una vez una niña que se llamaba Caperucita Amarilla.

-¡No, Roja!

-¡Ah!, sí, Caperucita Roja. Su mamá la llamó y le dijo:  
“Escucha, Caperucita Verde...”

-¡Que no, Roja!

-¡Ah!, sí, Roja. “Ve a casa de tía Diomira a llevarle esta piel  
de papa”.

-No: “Ve a casa de la abuelita a llevarle este pastel”.

-Bien. La niña se fue al bosque y se encontró una jirafa.

-¡Qué lío! Se encontró al lobo, no una jirafa.

-Y el lobo le preguntó: “¿Cuántas son seis por ocho?”

-¡Qué va! El lobo le preguntó: “¿Adónde vas?”

-Tienes razón. Y Caperucita Negra respondió...

-¡Era Caperucita Roja, Roja, Roja!

-Sí. Y respondió: “Voy al mercado a comprar salsa de  
tomate”.

-¡Qué va!: “Voy a casa de la abuelita, que está enferma, pero  
no recuerdo el camino”.

-Exacto. Y el caballo dijo...

-¿Qué caballo? Era un lobo

-Seguro. Y dijo: “Toma el tranvía número setenta y cinco, baja en la plaza de la  
Catedral, tuerce a la derecha, y encontrarás tres peldaños y una moneda en el suelo; deja los  
tres peldaños, recoge la moneda y cómprate un chicle”.

-Tú no sabes contar cuentos en absoluto, abuelo. Los enredas todos. Pero no importa,  
¿me compras un chicle?

-Bueno, toma la moneda.

Y el abuelo siguió leyendo el periódico.



## LA LEYENDA DEL ÑANDÚ

*Graciela Repún – Leyenda Mocoví*

¡Ahí va el joven indio Nemec! ¡Ahí va el ñandú!

Nemec va escondido, el ñandú va a carrera abierta. Nemec lo persigue, siempre a distancia, una distancia que no puede acortar.

Hace tanto que Nemec persigue al ñandú, que ya no desea alcanzado.

El cazador admira a su presa. Admira su rapidez, la gracia para correr, sus fabulosas plumas. Sus lamentablemente fabulosas plumas... Porque por ellas lo persigue Nemec.

El jefe de la tribu las necesita para renovar su tocado.

Cuanto más bellas plumas de ñandú tenga en el tocado, más demostrará el jefe su poder. Y con esa misión ha enviado el jefe a Nemec. Conseguir plumas de ñandú para un tocado nuevo.

Ahora están la presa y el cazador viviendo el drama. Uno delante del otro, corriendo bajo la noche con más estrellas que haya conocido el mundo en toda su historia.

O por lo menos eso piensa Nemec. Pero él no puede distraerse contemplando cada estrella, como hace cuando está en la tribu.

En la noches de la tribu, él bautiza las estrellas con nombres inventados.

En el cielo de la tribu, él puede unir una estrella con otra y descubrir qué animal se dibuja con ellas de vértices.

En la hora de sueño de la tribu, él puede bostezar bajo las estrellas y abrir grande la boca como para tragarse alguna, haciendo reír a su hermano más chico.

Pero ahora la tribu está lejos, los que están cercanos son sus recuerdos.

Lejanas y cercanas estrellas. Lejana y cercana tribu. Lejano y cercano ñandú que corre delante de Nemec, bajo el cielo de estrellas.

Nemec piensa que nunca va a alcanzar a ese ñandú, por lo tanto nunca va a regresar a su tribu.

Él tiene la fama de cazador y su orgullo. No puede regresar con las manos vacías.

Esa noche estrellada va a durar para siempre, piensa Nemec. Con el ñandú y él corriendo como parte del paisaje.

Nemec siente un gran agotamiento, corre más lento y se asombra de que la distancia entre él y su presa no se haga más ancha.

En verdad, la distancia entre ambos se está acortando.

Nemec comprende que llegó el final. El ñandú también está cansado.

El joven indio prepara su arma sin convencerse de que en unos instantes, esa carrera que duró un tiempo sin tiempo, concluya cruelmente.

Pero el ñandú hace su último gesto de maravilla. Levanta vuelo.

El milagro persiste. Aunque no es su naturaleza surcar las alturas, el ñandú asciende, con facilidad, hacia lo más alto, se remonta hasta el firmamento y se mezcla con las estrellas.

Nemec sigue corriendo y alza sus brazos como para elevarse también.

Nada sucede. Excepto que en el cielo hay una constelación nueva.

Nemec no sabe que cuando regrese a su tribu, su fama resplandecerá. Ni siquiera lo imagina mientras marcha derrotado pero a la vez con alivio.

En la tribu dirán que el único modo en que puede una presa escaparse de semejante cazador es desaparecer en el cielo, porque en la Tierra, Nemec no da tregua a nadie.

Y gracias a él, contarán sus nietos y los nietos de sus nietos: ahora existe la Cruz del Sur. La Cruz del Sur es ese ñandú inalcanzable que perseguimos todos los que vivimos bajo su luz. Una luz tan lejana como las estrellas y tan cercana como el cielo de nuestra casa.



## LA CANOA DE CUERO

*Silvia Schujer*

Siempre la misma historia. Todos los días igual. Con frío o sin frío. Con ganas o sin ganas. Con calor o sin calor. Con nubes o sin nubes. En fin. Menos con lluvia, siempre igual.

Pero aquella era una mañana lindísima de primavera y no había nada en el cielo que indicara tormenta. Ni una lluvia común. Ni una gotita de agua siquiera.

Así que no había escapatoria. Martín abrió los ojos, se levantó, se vistió, agarró su cajoncito de madera y, rabiosísimo, se fue a la esquina de siempre a lustrar.

A la misma vereda donde cada día se sentaba a esperar que alguna señora o señor quisiera lustrarse los zapatos.



Tanta era la bronca de Martín que, en principio, decidió no entonar su cantito de costumbre: “que se lustra, se lustra, se lustra”.—No voy a cantarlo —pensó. Y que si nadie se acercaba para darle trabajo, mejor. No tenía ganas de lustrarle los zapatos a nadie. Se dedicó entonces a mirar a la gente, a tomar el tiempo a los semáforos y a silbar y silbar. Así de distraído estaba cuando de pronto se acercó algo parecido a una pirámide andante. Sólo después de recorrer esa mole, de abajo hacia arriba y de aquí para allá, supo que era un hombre. Un señor altísimo. Un monumento al gigante. Por fin se animó a preguntar:

—¿Se va lustrar los zap...

—Sí, claro —respondió el gigante interrumpiéndolo.

Martín señaló el lugar en su cajoncito, y el hombre apoyó su enorme pie.

Martín miraba y no lo podía creer. Era el zapato más grande que había visto en su vida. Pensó que tardaría un año en lustrarlo, que no le alcanzaría la pomada, que los cepillos se quedarían pelados antes de poder sacar brillo a semejante canoa. ¡Qué canoa! ¡Barco transatlántico!

Medio atontado mirando los pies del señor, y mientras metía su mano en el cajoncito para empezar a trabajar, Martín tuvo una idea sensacional: “¿Por qué no hacer un viaje en canoa?” —se dijo para adentro. Y ya no pudo pensar en otra cosa. Por ríos, mares, océanos... dar la vuelta al mundo, descubrir quizás un nuevo continente.

Pasaba pomada por esa enorme canoa de cuero, silbando recontento.

Saldría del puerto. ¿Quién no sabe llegar hasta el puerto? Además, con una media podría fabricar una vela y andar en velero. O no. Mejor construir remos con dos calzadores.

Así fue que de golpe, y no se sabe cómo tan rápido, Martín le arrancó el zapato a la pirámide humana y salió corriendo. ¿O volando? Porque no dio tiempo a que pudieran verlo. Corrió por un montón de calles hacia el río. ¡Fiuum! ¡Fiuum! El viento le pegaba en la cara y le movía el pelo para todas partes.



Por fin llegó al puerto, amarró el zapato junto con los otros barcos y fue a comprar turrónes para la travesía.

De regreso, ató una piedra al cordón a modo de ancla. Con un pañuelo anudado en un palo, hizo flamear su bandera.

Sacó los calzadores del bolsillo y, listo para zarpar, se subió a su canoa de cuero marrón. Agitó su mano “adiós” “adiós”. Y se metió río adentro.

Al sol le cayó una lágrima amarilla por la despedida y alzando el más calentito de sus rayos, respondió al saludo:

–¡Adiós Martín!... que tengas buen viaje.



## EL PAÍS CON EL “DES” DELANTE

*Gianni Rodari*

Juanito Pierdedía era un gran viajero. Viaja que te viaja, llegó al país con el “des” delante.

- ¿Pero qué clase de país es éste? -preguntó a un ciudadano que tomaba el fresco bajo un árbol.

El ciudadano, por toda respuesta, sacó del bolsillo una navaja y se la enseñó bien abierta sobre la palma de la mano.

- ¿Ve esto?

- Es una navaja.

- Se equivoca. Esto es una “desnavaja”, es decir, una navaja con el “des” delante. Sirve para hacer crecer los lápices cuando están desgastados, y es muy útil en los colegios.

- Magnífico -dijo Juanito-. ¿Qué más?

- Luego tenemos el “desperchero”.

- Querrá decir el perchero.

- De poco sirve un perchero si no se tiene un abrigo que colgarle. Con nuestro “desperchero” todo es distinto. No es necesario colgarle nada, ya está todo colgado. Si tiene necesidad de un abrigo, va allí y lo descuelga. El que necesita una chaqueta no tiene por qué ir a comprarla: va al desperchero y la descuelga. Hay el desperchero de verano y el de invierno, el de hombre y el de mujer. Así nos ahorramos mucho dinero.

- Una auténtica maravilla. ¿Qué más?

- Luego tenemos la máquina “desfotográfica”, que en lugar de hacer fotografías, hace caricaturas, y así nos reímos. Luego tenemos el “descañón”.

- ¡Brrrrr, qué miedo!

- ¡Qué va! El “descañón” es lo contrario al cañón, y sirve para deshacer la guerra.

- ¿Y cómo funciona?

- Es sencillísimo; puede manejarlo incluso un niño. Si hay guerra, tocamos la destrompeta, disparamos el descañón y la guerra queda deshecha rápidamente.

- Qué maravilla el país con el “des” delante.

## IRULANA Y EL OGRONTE

*Graciela Montes*

Aviso que este es un cuento de miedo: trata de un pueblo, de un ogronte y de una nena. El ogronte no tenía nombre, pero la nena, sí: algunos la llamaban Irenita, y yo la llamo a mi modo: Irulana.

Conviene empezar por el ogronte, porque es lo más grande, lo más peludo y lo más peligroso de esta historia.

No todos los pueblos tienen un ogronte. Pero algunos tienen, y éste tenía.

Cuando se terminaba la tarde y el sol se ponía rojo (porque en los cuentos también se ponen rojos los soles), la cabeza peluda del ogronte brillaba como la melena de un león inmenso. Y la gente del pueblo sentía mucho miedo.

La gente, en cuanto se despertaba a la mañana, pensaba: ¿Cómo habrá amanecido el ogronte hoy?

Era importante saber cómo había amanecido el ogronte. Por ejemplo, si el ogronte estaba resfriado, había que reforzar las puertas y las ventanas para que no se abrieran de golpe con los estornudos. Y no se podía sacar a pasear a los perros demasiado chiquitos porque podían rodar calle abajo y volarse hasta la orilla del río.

En cambio, si el ogronte se ponía a picar cebolla (las cebollas crudas y las nubes del amanecer bien cocidas son las comidas preferidas de la mayor parte de los ogranotes), había que salir con botas, y hasta con botes llegado el caso.

Si estaba contento y carcajeaba, había que guardar los floreros en los roperos para que no se cayeran al suelo con los temblores.

Si se ponía a cantar, había que envolver con trapos los espejos.

Y si estaba enojado... Bueno, todos cuidaban mucho que el ogronte no se enojara.

Siempre le decían: “Buenos días, señor Ogronte” y “Buenos noches, señor Ogronte”, con muchísimo respeto. Y todas las tardes iban hasta el pie de la montaña y le dejaban canastos repletos de cebolla, vacas muy gordas y flores de colores raros. Y le hacían una gran torta para el día de su cumpleaños. Y le cantaban canciones para que durmiese. Todo para que no se enojase. Pero igual un día el ogronte se enojó.

Se enojó porque sí (¡vaya uno a saber por qué se enojan los ogrones!).

Se notó que se había enojado porque empezó a gritar y a rugir y a mover los brazos en el aire como un molino. Y porque sus dientes enormes (no se imaginan ustedes lo enormes y lo filosos que son los dientes de los ogrones enojados) brillaban más que su melena del atardecer.

El pueblo entero se arrugó de miedo.

De miedo a que lo comieran. Porque ya se sabe que los ogrones, cuando se enojan, se comen pueblos enteros, con sus casas, sus personas, sus calles y sus kioscos. Y sus perros. Y las petunias de sus jardines. Y sus tarros de galletitas. Y sus boletos capicúa. Y sus estaciones, con trenes y todo.

La gente salió corriendo. Algunos iban con las orejas tapadas (taparse las orejas no protegía del enojo del ogro, pero al menos ayudaba a que sus rugidos molestasen menos).

Pero yo dije al principio que éste era el cuento de un pueblo, de un ogro y de una nena. Ahí está la nena – ¿la ven? – es esa de rulitos en la cabeza: Irulana. Es la única que no corre.

A mí no me pregunten por qué no corrió Irulana. Vaya uno a saber por qué no salen corriendo las Irulanas cuando vienen los ogrones. Los que contamos los cuentos no tenemos por qué saberlo todo.



Yo lo único que sé es que Irulana no corrió sino que se sentó a esperar en un banquito.

Tal vez era muy valiente. Tal vez era un poco chiquita. Tal vez estaba demasiado cansada.

Se sentó en un banquito verde en una calle vacía (todas las calles estaban vacías en ese pueblo).

Cuando se terminó la tarde y el sol se puso rojo, la cabeza peluda del ogrote brilló más que nunca. Los dientes brillaron más todavía, y ruidos enormes sacudieron el suelo.

Irulana tuvo miedo. Y más miedo tuvo cuando vio que el ogrote se empezaba a mover.

"Ahora viene y se come al pueblo", pensó Irulana.

Y, efectivamente (no se olviden de que yo avisé que éste era un cuento de miedo): en cuanto llegó la tarde el ogrote empezó a comerse el pueblo. (Ya sé que esto es terrible, pero qué se le va a hacer, así son los ogrotos).

Empezó por el ferrocarril: enroscaba las vías en un dedo y después las sorbía como si fueran tallarines.

Masticaba las casas como si fueran turrón. Y de tanto en tanto les daba un mordisquito a dos o tres árboles que había arrancado de raíz y que llevaba como un manojito de apio en la mano.

Fue haciendo arrolladitos con las calles y se las masticó despacio. La plaza la dobló en cuatro como un panqueque y se la comió con gusto (seguramente era dulce). Si alguna petunia se le escapaba de la boca la empujaba con el dedo hacia adentro.

Y comió y comió. Se lo comió todo (tengan en cuenta que los ogrotos son muy grandes y este era un pueblo chico).

Bueno, ahora el que se achicó es el cuento, porque empezó con un pueblo, una nena y un ogrote, y ahora ya no hay más pueblo. No hay nada más que una nena y un ogrote.

Y nada pero nada más.

Nada de nada: ni un arbolito, ni una petunia, ni un vestidito de muñeca, ni un colador de té, ni una polilla, ni la pelusa de un bolsillo. Nada más que Irulana en su banquito y un ogrote enorme que –aunque ustedes no lo vean porque el dibujo se terminó antes– está bostezando.

Está bostezando porque a ese ogrote, siempre que se comía un pueblo entero, le venía el sueño.

Pero Irulana no sabe que el ogrote bosteza. Tiene tanto miedo que cerró los ojos.

El ogronte da uno, dos, tres pasos más (y los pasos de los ogrontes llevan muy lejos) y, justo justo cuando está por descubrirla a Irulana en su banquito, se queda dormido. (Acá en esta página está todo un poco movido porque el ogronte se quedó dormido de golpe y cayó al suelo haciendo mucho ruido.)

Ahí fue cuando Irulana abrió los ojos y lo vio. Parecía una montaña, pero seguramente era un ogronte porque las montañas no usan botas lustrosas ni cinturones de cuero. Y roncaba, además, como sólo roncan los ogrontes.

Irulana era una nena valiente, pero también era chiquita, y se sentía sola. Cualquiera se sentiría solo en el lugar de Irulana. No tenía nada en el mundo. Nada más que un ogronte dormido y un banquito verde. Y eso no es nada. Es muy poquito.

Sobre todo cuando el aire se pone negro y se viene la noche oscura.

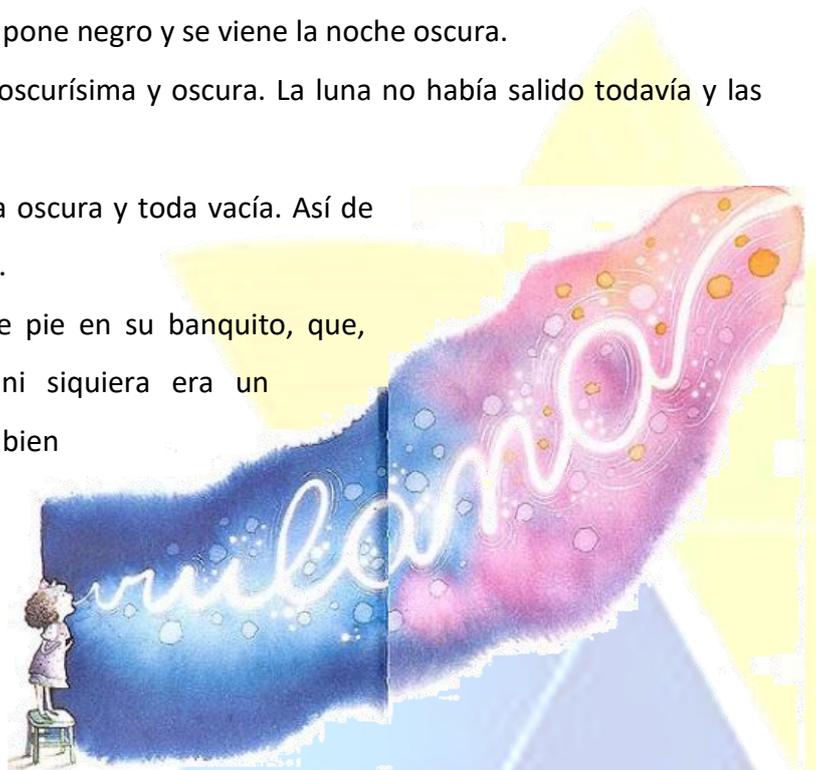
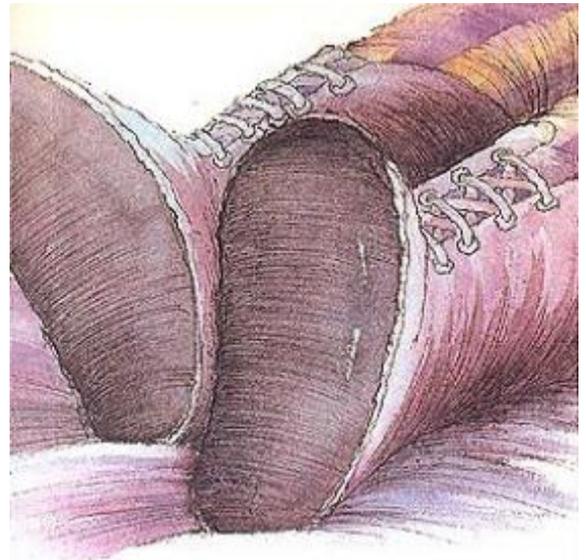
Oscuro pero oscuro oscuro, oscurísima y oscura. La luna no había salido todavía y las estrellas estaban demasiado lejos.

Esta página de acá está toda oscura y toda vacía. Así de oscuro y de vacío estaba el mundo.

Entonces Irulana se puso de pie en su banquito, que, como estaba tan negro todo, ni siquiera era un banquito verde, y gritó bien pero bien fuerte, lo más fuerte que pudo gritar: ¡IRULANA!

Eso gritó. Una sola vez. Y, aunque Irulana tenía una voz chiquita, el nombre resonó muy fuerte en medio de lo oscuro.

Y el nombre creció y creció. La i, por ejemplo, tan flaquita que parecía se estiró muchísimo (no se quebró, porque era un i muy fuerte), y se convirtió en un hilo largo y fino



que se enroscó alrededor del ogro, de la cabeza del ogro, de los pies del ogro, de las manos del ogro, de la panza inmensa donde estaba todo el pueblo.

Y la r se quedó sola en el aire, rugiendo de rabia, porque las r rugen muy bien, mejor que nadie.

Y la u se hundió en la tierra y cavó un pozo profundo, el más profundo del mundo.

Y entonces la r, que rugía como una mariposa furiosa, hizo rodar el ogro hasta el fondo de la tierra.

En una de esas ustedes ponen cara de "no puede ser", y se ríen y dicen que una palabra no puede hacer esas cosas. Y yo digo que sí puede. Prueben, si no, de decir una palabra importante, una sola, en medio de la noche oscura y al lado de un ogro...

La "lana" de Irulana se hizo un ovillo redondo y voló al cielo para tejer una luna. Hizo bien, porque entre una lana y una luna no hay tanta diferencia. Entonces la noche se iluminó.

Aquí está, toda iluminada. Ahora sí se puede ver bien lo que pasa en este cuento. Hay un ogro enterrado en un pozo muy profundo, tan profundo que casi ni se ve que lo ataron como un matambre. Y hay una nena chiquita que mira la luna llena desde arriba de un banquito.

Parece que no hubiera nada más pero, si miran bien, allá lejos, en el fondo de la hoja, hay un montón de gente que vuelve. Si acercan la oreja al papel, tal vez oigan la música. Porque traen guitarras, violines y panderetas. Vienen a fundar un pueblo.

Y este cuento se termina más o menos como empieza: "había una vez un pueblo y una nena.

Ogro, en cambio, no había (algunos pueblos tienen ogro, pero éste no tenía)..." Es un cuento un poco igual y un poco diferente.

Eso sí, seguro que no es de miedo.





## RUMBA SIN RUMBO

*Silvia Schujer*

Rumba sin rumbo  
sin rumbo viene  
viene bailando  
y no se detiene.

Rumba bailumba  
bailumbailé  
musicaliente  
larai lailé.

Rumba bailumba  
bailumbairía  
blanca de noche  
negra de día.

Rumba bailumba  
bailumbailé

musicaliente  
larai lailé.

Rumba sin rumbo  
sin rumbo caen  
cuatro colores  
que se las traen.

Rumba bailumba  
bailumbailé  
musicaliente  
larai lailé.

Rumba sin rumbo  
sin rumbo va  
va por el mundo  
re mi sol fa.



## LA FAMILIA POLILLA

*María Elena Walsh*

La polilla come lana  
de la noche a la mañana.

Muerde y come, come y muerde  
lana roja, lana verde.

Sentadita en el ropero  
con su plato y su babero,

come lana de color  
con cuchillo y tenedor.

Sus hijitos comilones  
tienen cuna de botones.

Su marido don Polillo,  
balconea en un bolsillo.

De repente se avvicina  
la señora Naftalina.

Muy oronda la verán,  
toda envuelta en celofán.

La familia polillal  
la espía por un ojal,

y le apunta con la aguja  
a la Naftalina bruja.

Pero don Polillo ordena:  
—No la maten, me da pena;

vámonos a otros roperos  
a llenarlos de agujeros.

Y se van todos de viaje  
con muchísimo equipaje:

las hilachas de una blusa  
y un paquete de pelusa.

## POR EL ALTO RÍO

*Nicolás Guillén*

Por el alto río,  
por la bajamar,  
Sapito y Sapón  
se han ido a jugar.

En una barquita  
de plata y cristal  
ayer por la tarde  
los vieron pasar.

¡Qué suave era el viento,  
qué azul era el mar,  
qué blancas las nubes  
en lento vagar,

qué alegres las islas  
de rojo coral!

Por el alto río,  
por la bajamar,  
Sapito y Sapón  
se han ido a jugar.



## CANCIÓN DEL PESCADOR

*María Elena Walsh*

Pez de platino, fino, fino,  
ven a dormir en mi gorro marino.  
ven a dormir en mi gorro marino.

Perla del día, fría, fría,  
ven a caer en mi bota vacía.  
ven a caer en mi bota vacía.

Un delfín que toque el violín  
voy a pescar con mi red marinera,  
y me espera para bailar,  
loca de risa, la espuma del mar.

Feo cangrejo, viejo, viejo,  
ven a mirarte el perfil en mi espejo.  
ven a mirarte el perfil en mi espejo.

Flaca sirena, buena, buena,  
ven a encantar mi palacio de arena.  
ven a encantar mi palacio de arena.

Un delfín que toque el violín  
voy a pescar con mi red marinera,  
y me espera para bailar,  
loca de risa, la espuma del mar.



## EN UNA CAJITA DE FÓSFOROS

María Elena Walsh

En una cajita de fósforos  
se pueden guardar muchas cosas.

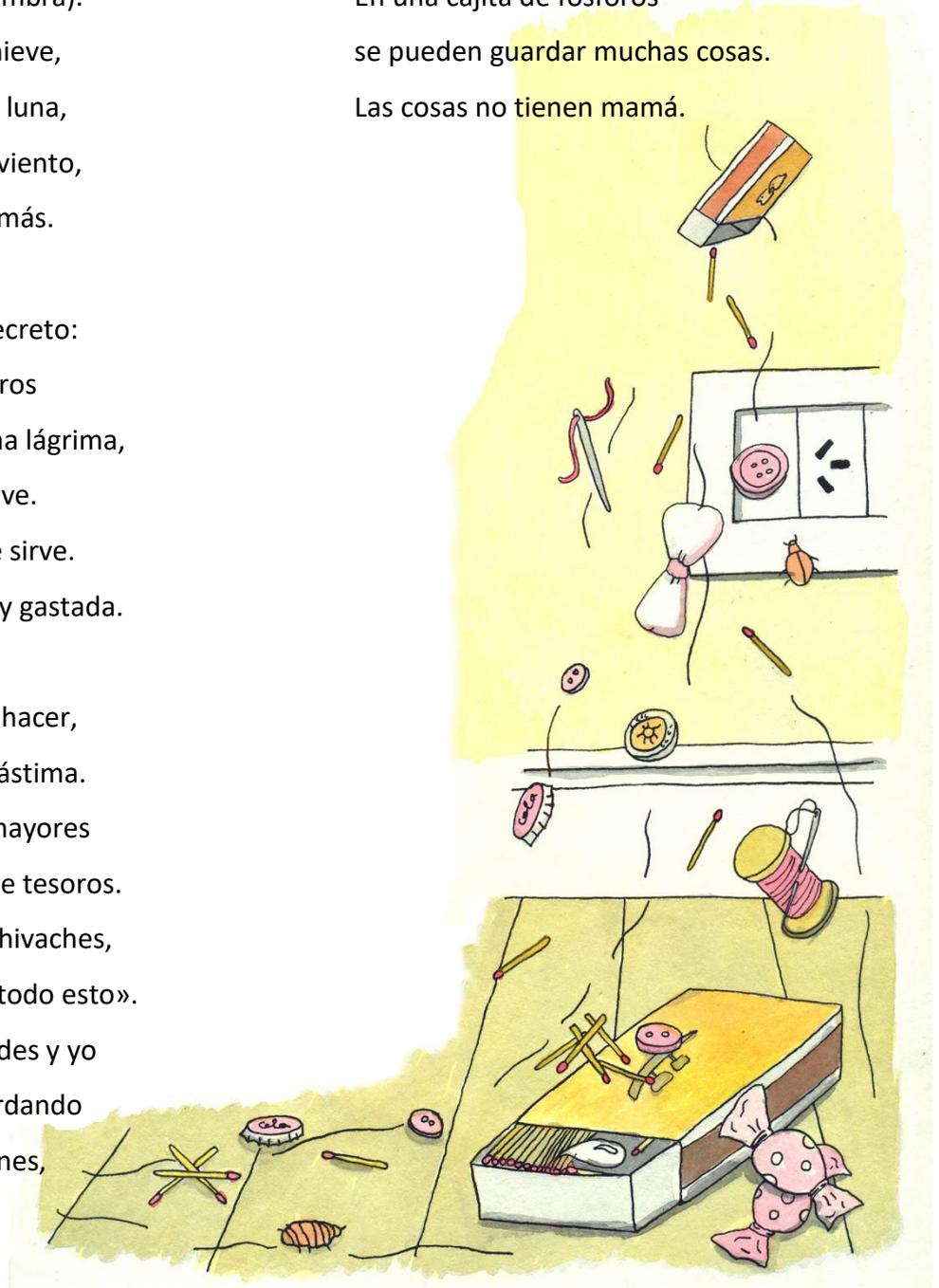
Un rayo de sol, por ejemplo.  
(Pero hay que encerrarlo muy rápido,  
si no, se lo come la sombra).  
Un poco de copo de nieve,  
quizá una moneda de luna,  
botones del traje del viento,  
y mucho, muchísimo más.

Les voy a contar un secreto:  
En una cajita de fósforos  
yo tengo guardada una lágrima,  
y nadie, por suerte la ve.  
Es claro que ya no me sirve.  
Es cierto que está muy gastada.

Lo sé, pero qué voy a hacer,  
tirarla me da mucha lástima.  
Tal vez las personas mayores  
no entiendan jamás de tesoros.  
«Basura», dirán, «cachivaches,  
no sé por qué juntan todo esto».  
No importa, que ustedes y yo  
igual seguiremos guardando  
palitos, pelusas, botones,

tachuelas, virutas de lápiz,  
carozos, tapitas, papeles,  
piolín, carreteles, trapitos,  
hilachas, cascotes y bichos.

En una cajita de fósforos  
se pueden guardar muchas cosas.  
Las cosas no tienen mamá.



## PAISAJE

*Federico García Lorca*

La tarde equivocada

se vistió de frío.

Detrás de los cristales

turbios, todos los niños

ven convertirse en pájaros

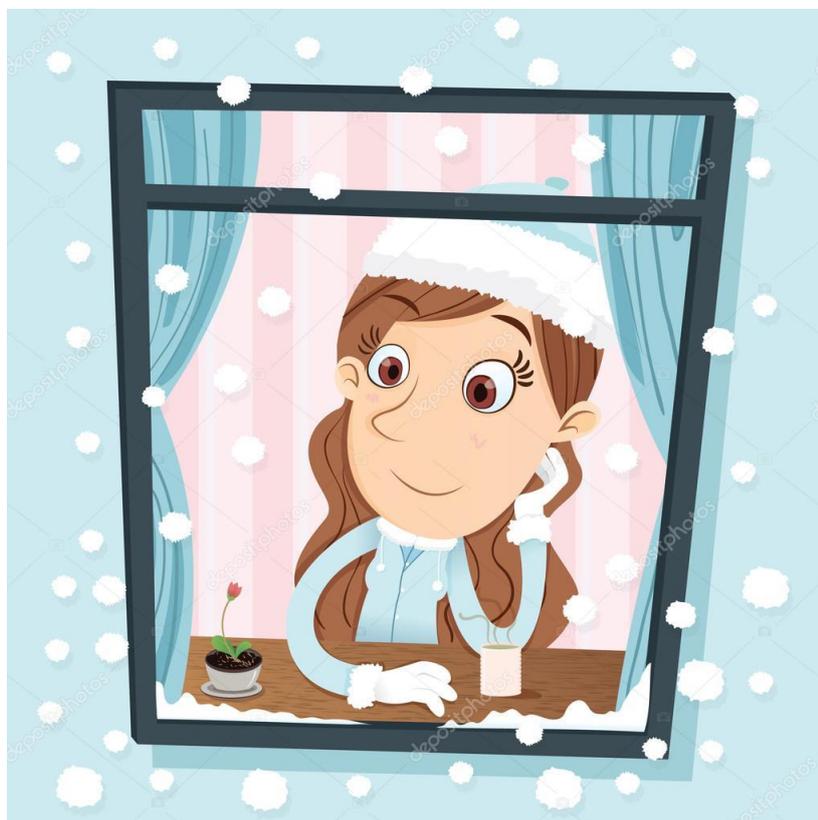
un árbol amarillo.

La tarde está tendida

a lo largo del río.

Y un rubor de manzana

tiembla en los tejadillos.



## VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA

Adaptación de Germán Cáceres

ESTABA HACIENDO TIEMPO PARA EL ALMUERZO CUANDO ENTRÓ EL PROFESOR LIDENBROCK, UNA EMINENCIA EN MINERALOGÍA, QUE ADEMÁS ES MI TÍO Y TUTOR, PUES SOY HUÉRFANO...



Era una escritura usada hace mucho tiempo en Islandia. ¡El manuscrito tiene unos setecientos años!







